

VII

El combate de la Puerta Montmartre.

Madame Dunoyer, aunque fácil de emocionarse y muy propensa á ello por su carácter sentimental, no hubiera cambiado su sitio aquel día por una butaca de la Ópera.

Con efecto; al teatro podía asistir cualquier noche, y, en cambio, el espectáculo gratuito que se le proporcionaba era de los que hacen época en una existencia y rara vez gozan los humanos.

Y que le agradó sobremanera lo demuestra muy claramente la carta que dedicó al lance; es decir, la primera hoja de ella, pues las demás se las merendaron los ratones dentro de una maleta vieja que legó en herencia á un académico. Éste, respetando, más que el tiempo y los roedores, la prosa de su bella antecesora, recogió preciosamente los restos de la interesante epístola y los publicó.

He aquí lo que contenían:

«Ocurrió bajo las ventanas de nuestra cámara un combate terrible y sangriento, en el cual Blancrochet y Daubri, los más famosos bravos de París, cayeron muertos después de una resistencia vigorosa y heroica.

«Eran las cuatro de la tarde.

«Todos los miraban pelear sin tratar de separarlos; lo que me sorprendió mucho, pues vengo de Bruselas, donde la gente es más caritativa y por la menor riña se pone todo un barrio en movimiento.

«En París son más calmosos, y dejan á los hombres que se maten como se les antoje. M. Lubiére d'Orange, M. de Roucoulle y mi tío Cotton hallábanse asomados á nuestras ventanas contemplando el lance, y admiraron la valentía de uno de esos dos bravos, que se defendió él sólo contra sus cuatro enemigos, de los cuales sólo uno le dió una estocada que le hizo caer de espaldas junto al cadáver de su camarada. Transportaron á los dos á casa de un cirujano...»

Es todo lo que nos resta de la carta.

En las dos destruidas páginas siguientes se hablaba sin duda de los dos diestros, de su discípulo Juan Maria y de ese cuarto combatiente, que conoceremos luego.

Las pocas líneas trascritas nos demuestran suficientemente que la lucha mereció la atención de altos personajes y, por lo tanto, que no careció de importancia.

Veamos ahora como si leyéramos por encima del hombro de la hermosa cronista lo que acaeció.

Hacia las tres de la tarde cuatro hombres estaban adosados á la tapia de la Puerta Montmartre, y hablaban en voz baja para no ser oídos por los transeúntes, picaros y vagos, que se estacionaban por aquellos sitios.

Eran Gendry y sus acólitos.

El jefe daba sus últimas instrucciones, ya sabedor de que los dos diestros iban á buscarle.

—No sé quién será ese pollito que va con ellos; pero de ese no debemos preocuparnos. Pronto se le despachará; en un periquete nos veremos libres de él. Yo atacaré á Cocardasse, ayudado por Juján; tú, *Ballena*, tienes sobre Passepoil la ventaja de la estatura, y no has de tardar en hacerle morder el polvo.

—¿Y yo?—preguntó Rafael Pinto.

—Tú, maniobrarás de modo que tomes por el flanco á uno ú otro de los dos maestros, ocupados en atender el frente. Sin embargo, por ningún pretexto has de herirlos por la espalda. Se pondría en contra nuestra todo el público que asistirá al espectáculo, y entre los cuales no faltarán temibles aficionados.

—Si les parece mal, cargaremos contra ellos—gruñó el *Ballena*.

—¡De ningún modo! Hay que dar al combate toda la apariencia posible de lealtad, á pesar de ser nosotros superiores en número y

precisamente por ello. Por otra parte, se defenderán bastante bien para que la partida parezca igual, y no nos forjemos la ilusión de ganarla con facilidad. ¡Conozco á esos malditos, que tienen el Diablo en el cuerpo!

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando divisaron á unos cien pasos á los tres compañeros que llegaban.

—¡Aquí están! ¿Os habéis enterado bien? ¿Habéis comprendido mis órdenes?

—¡Me tiene sin cuidado!—repuso el *Ballena*.—¡Su piel no vale mucho á estas horas!

Si se hubiesen tomado el trabajo de consultarlos sobre tan delicado punto, seguros estamos de la opinión en contra de Cocardasse, que adelantaba con ese paso especial de la gente de espada, que tiene la costumbre de doblar las rodillas para tenderse.

Las guías de sus bigotes, muy tiesas y levantadas, casi tocaban el ala de su fieltro, y con la mano derecha las retorció más, mientras con la izquierda apoyada en el pomo levantaba su nueva tizona, la contera de cuya vaina amenazaba subir á la altura del hombro.

Indudablemente la corporación de los portadores de espada, podía enorgullecerse de contar en su seno con maese Cocardasse. Desde que comía á dos carrillos y vestidos decentes reemplazaron sus andrajos, muchas miradas fe-

meninas, pasando sobre la cabeza del enamorado Amable, iban á clavarse en la del gascón admirativamente. Al verle andar con tal marcialidad y aspecto de mata moros, infinidad de verduleras, vendedoras de pescado, maritornes, mozas de posada, cocineras y hasta hidalgos, se detenían para contemplarle. Y los que gozaban de fineza de oído pudieron oír más de cuatro veces exclamaciones como éstas, murmuradas casi inconscientemente.

—¡Caramba! ¡Qué hombre más hermoso y arrogante!...

Maese Passepoil, cuyo flaco como sabemos era el bello sexo, lo observaba y en ocasiones decíase melancólicamente:

—¡Qué lástima! Si yo tuviese la figura, el gesto y ademanes de Cocardasse ó éste mi amabilidad y mis dulces y amorosos sentimientos. ¡qué hombre más completo formaríamos!

Pero no había remedio; Cocardasse no hacía caso del efecto que causaba en las mujeres. Marchaba pues á su páso y con su gallardía natural, cuando de pronto irguió la cabeza: acababa de distinguir al enemigo.

—¡No haya miedo, pequeño!—murmuró con aquella voz que hacía temblar los vidrios cuando ponía en ella sordina.—La caza está ahí, esperando que la ensarten para asarla.

Gendry y su gente estaban á la sombra del

monumento resguardados de los rayos del sol, aunque ya declinaba, y de espaldas, aparentando no haberlos vistos.

El gascón, haciendo sonar sus espuelas, se acercó á ellos simulando no conocerlos tampoco.

—¡Eh!—exclamó.—¡Todos tenemos derecho á la sombra! ¡Á mí me hace falta toda la largura de mi espada al extremo de mi brazo y en redondo. ¡Sangre de Cristo! ¡Aquí no hay lugar para siete!

—¡Razón de más para que te largues!—gruñó Gendry.

—¡Calle! ¡El bellaco pretende faltarme al respeto! ¡Sabe, villano, que gentileshombres como mi amigo y yo no queremos tacto de codos! Teniais la sombra hasta este momento; pues desde ahora la quiero para nosotros. Así, pues, ¡largo!

Passepoil le miraba muy tranquilo y sonreía con su socarrona sonrisa de normando. Berrichón, con la mano en el puño de su espada, ardía en deseos de principiar el combate. Juján, que le miraba con impertinencia de alto á bajo, no estaba muy satisfecho, y opinaba que, contra el parecer de Gendry, había que tomar en cuenta á aquel barbilampiño.

El *Ballena*, imponente de fuerza bruta, se había apoyado en el muro, y pegado á él, se-

mejaba una gigantesca estatua. Parecía tan insensato derribar á aquel coloso, como echar por tierra á puñetazos la Puerta de Montmartre.

Comenzaba á formarse corro. Los papanatas y vagos comprendían que iba á haber estocadas tras aquella provocación insustancial, y aguardaban el espectáculo.

Cocardasse sacó la espada, describió con la punta una raya que encerraba todo el espacio de sombra, y luego se quedó ante los espadachines con tal actitud de desafío y de insulto, que el público se entusiasmó y prorrumpió en bravos.

—¡Mal pecado!—exclamó con voz retumbante.—¡Si dentro de tres minutos no estáis los cuatro fuera de ese círculo trazado con la punta de mi espada, Cocardasse os hará salir de cabeza!

Gualter se encogió de hombros.

—Si quieres sombra—repuso burlonamente,—no falta á media noche en el albañal de Montmartre.

Los ojos del gascón lanzaron rayos.

—¡Y también en el otro mundo, Gualter Gendry! Tú que atacas á las gentes de noche y por sorpresa, no debes de tener muchos bríos de frente y á la luz del Sol. ¡Vive Dios! Mírale un poco por gusto, recreáte con su hermoso resplandor, pues dentro de unos minutos ya no le verás más,

Sólo faltaba una palabra para que salieran al aire los aceros, y el gascón iba ya á pronunciarla, cuando reflexionó que podía hacer algo mejor. Con la punta de la espada cogió el fieltro de Gendry de la cabeza de su propietario y lo hizo volar fuera del límite.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó.—¡Puesto que quieres quedarte en la sombra, no necesitas para nada el sombrero!

Un cuarto de segundo después los adversarios estaban frente á frente, cuatro de un lado y tres de otro.

Gendry y los suyos no osaron permanecer de espaldas á la tapia, por temor á ser clavados como buhos, y comenzó la lucha bajo el pasaje. Así era imposible atacarse por los lados. La multitud cerraba los dos extremos del corredor, y para salir de él los más tuerres tendrían que pasar sobre los cuerpos de los más débiles.

Comenzó el combate.

Los juramentos de Cocardasse repercutían en los ecos de la bóveda, y cuando se tendía á fondo ocupaba él sólo más de la mitad de la longitud del palenque. Luchaba él contra el capitán de la cuadrilla, el normando contra el *Ballena*, y Berrichón hacía frente á Juján y á Pinto.

Llovían los tajos y las estocadas; pero eran

parados con tal precisión, que más que un duelo parecía un asalto en una sala de armas.

No era justo que Juan María, el menos práctico y hábil de los tres, hiciera frente á dos adversarios; tanto más, cuanto que con la imprudencia propia de los principiantes se descubría con frecuencia. Rafael Pinto lo observó en seguida, y se dispuso á aprovecharse de ello y acabar con su contrincante por medio de un golpe á lo Jarnac (1), que seguramente el mozalbete no sabría parar.

Pero contó sin Cocardasse, que vigilaba á su discípulo, parte por afecto y parte por ver cómo su antigua *Petronila* redimía sus culpas.

El diestro no tardó mucho en adivinar el proyecto del italiano, y de un violento revés desvió la espada de Gendry, que amenazaba su pecho, y propinó á Pinto una soberbia estocada que le atravesó el brazo hasta el hombro.

—¡Chúpate esa, pichón!—le dijo riendo.—
¡Ya tienes para un mes antes de poder rascarte la oreja!

(1) Jarnac (Guido) fué un capitán aventurero de la época de Francisco I, que, batiéndose en duelo con La Chatagnerie, le inutilizó dándole un imprevisto y formidable tajo en la rodilla. Desde entonces los franceses llaman *coup de Jarnac* á cualquier tajo ó estocada imprevista y decisiva, sobre todo si se aparta un tanto de las reglas del duelo caballeresco. (N. del T.)

La multitud aplaudió estrepitosamente el golpe y la salida, y habiéndose igualado las fuerzas, la lucha prosiguió más viva.

El *Ballena* tenía furiosos arranques.

Cada vez que se tendía impetuosamente á fondo, todos esperaban que pulverizase á su adversario; pero no sucedía nada: Passepoil, ágil y avisado, no se dejaba tocar el pelo de la ropa.

El coloso, mucho más alto que él, le amenazaba sin cesar en la línea alta, y el normando comprendió que sería un tonto no aprovechando el espacio que le dejaban; mientras Gruel amenazaba atravesarle la garganta, se encogió y metió la mitad de su hoja en el muslo de su adversario, que lanzó un grito de rabia y se retiró á la pata coja.

La situación era grave para los dos adversarios, únicos que quedaban en pie todavía, una vez libre del suyo el normando.

Por tres veces ya, Berrichón había rasgado el colete de Ibo.

Si Passepoil se hubiese vuelto contra él, no habría tenido ni para un diente. Pero su dignidad de maestro se lo vedó.

No necesitando su auxilio Cocardasse, que estaba tranquilo y fresco como si diese una lección, quiso ver cómo salía de apuros Juan María.

—¡Bravo, pequeño!—exclamó.—¡Un poco

más alto..., pára á la derecha..., tiéndete! ¡Muy bien, pero demasiado tarde! ¡Esto te valdrá como diez años de academia!

Cocardasse continuaba jurando y gasconando.

Juján estaba pálido, y Gendry había dejado de sonreír.

Por el modo como el diestro le estrechaba veía Gualter que se hallaba á merced suya, y que si no le ponía de una vez fuera de combate, era porque se complacía en fatigarle y prolongar su agonía. Pensaba con amargura que no disfrutaría del oro de M. de Peyrolles, y que Blancrochet saldría ganancioso con ello. ¿Dónde estaría Blancrochet?

Gendry miró con ansiedad en torno suyo, le descubrió entre la multitud, y le hizo una seña implorando ayuda. Le agradaba que el bravo le descargase de una parte del furor del gascón, mientras Daubri se las entendía con Passepoil.

Los dos compadres comprendieron que ya era tiempo de intervenir y se adelantaron, diciendo el primero:

—¡Alto ahí, y abajo las armas un instante! Tanto veros manejar los hierros me ha hecho sentir ganas de estirar los brazos.

Passepoil le miró recelosamente, no dudando que se pondría de parte de Gendry.

—Eres muy dueño de ponerte en guardia, y no creo que tengas que ir á buscar muy lejos con quien conversar.

—Justamente, estaba pensando lo mismo, señor Passepoil. Pero ante todo quiero campo, y no tenéis mucho en este tubo; máxime cuando los gritos de Cocardasse serían capaces de derribar la puerta. Venid un poco más á la plaza, donde tendremos más espacio, y sobre todo más aire.

Los diestros, que se hallaban mal en aquel sitio, el cual no habían elegido ellos, por cierto, no hicieron objeción alguna.

—¡Mal pecado! — exclamó Cocardasse. — ¿Tenéis ganas de que os vean mejor morir? ¡Pues tendremos un placer en satisfaceros!

Los espectadores siguieron á los duelistas al nuevo terreno elegido, y formaron inmenso círculo alrededor de ellos.

—¡Cuernos de Satanás! — dijo apaciblemente el gascón al ver que Daubri se ponía contra él al lado de Gendry. — ¡Gracias por la atención, mocito! Sabes que el aire libre despierta el apetito, y te apresuras á ofrecerme doble ración. No importa; ya aclararemos un poco las filas.

—Antes te conviene aclarar la voz, pues indica que tienes algo de miedo — exclamó con fanfarronería el teniente de los *Sacamantecas*.

—¿De veras? Sólo por eso vas á tener el honor de desfilas el primero—le replicó prontamente el gascón con su peculiar petulancia.

—Estamos perdiendo el tiempo—dijo el normando,—y, lo que es un crimen de lesa galantería, se lo estamos haciendo perder á las hermosas damas que nos contemplan, y que tienen vivos deseos de vernos trabajar. ¿Estáis ya, señores?

Cruzáronse de nuevo los hierros.

Lo que hasta allí se había visto era juego de niños comparado con la lucha que empezaba.

Con excepción de Berrichón y Juján, todos eran consumados maestros en la esgrima.

Entre los espectadores había espadachines viejos que nunca habían visto cosa semejante, y jóvenes que hablarían mucho tiempo del combate que presenciaron en el bulevar Montmartre, y lo contarían cien veces á sus hijos,

Los aceros despedían chispas, y sus vibraciones llegaban claramente á los oídos de los espectadores, atentos y silenciosos.

Gritos, votos é imprecaciones que brotaban de los labios espumeantes, se mezclaban y confundían.

De pronto Daubri cayó con la garganta agujereada según las reglas de la estocada adoptada por Cocardasse, que, no obstante la

lección de Lagardère, no se creía muy seguro para asestar la famosa estocada de Nevers.

—¡Cuernos de Satanás!—aulló el gascón triunfante.—¡Ya te anuncié que tú serías el que abrieses la marcha! ¡Ahora te toca á ti, Gualter Gendry!

Éste ya no se preocupaba de atacar, y ponía sus cinco sentidos en defenderse.

En cuanto á Passepoil, tenía bastante que hacer con Blancrochet, que pasaba por una de las mejores espadas de París.

Entre estos dos adversarios no había gritos ni frases.

El combate, encarnizado y silencioso, se libraba igual, en términos que no podía predecirse quién obtendría la victoria.

La ex - Petronila estaba en buenas manos.

Berrichón se servía de ella tan diestramente, que su adversario no tardó mucho en escupir dos muelas, y lanzando sangre por la boca se dejó caer pesadamente cuan largo era.

Al mismo tiempo la espada de Gendry se rompía por junto á la empuñadura.

—¡Anda á buscar otra, bellaco!—le gritó el gascón.—¡Entretanto, vamos á arreglar el negocio de este otro!

Blancrochet se encontró frente á frente con dos terribles adversarios, y las simpatías de los espectadores en contra.

Hasta entonces habían visto á los diestros luchar contra enemigos superiores en número: nadie, pues, pensó en protestar contra las dos espadas que amenazaban al bravo, que fué quien se metió en lo que no le importaba, y que al ver acercase á Cocardasse se juzgó perdido.

Pero era hombre de recursos, y dando un silbido llamó á los seis hombres de su cuadrilla, que no sospechó poder necesitar, y que se encontraban en reserva, por si acaso, mezclados entre la multitud que presenciaba el épico combate.

Los seis malandrines acudieron espada en mano á colocarse frente á los dos maestros de esgrima. Alzóse un murmullo entre los espectadores.

Pero en resumidas cuentas, ¿qué les importaba que hubiera unas cuantas víctimas más? Así la lucha resultaría más interesante y animada. Un espectáculo que amentaría agradablemente su emoción.

Por eso, pues, saludaron con aplauso á los nuevos campeones.

VIII

El que no aguardaban.

—¡Un instante! ¡Un momentito, señores!— dijo con voz agria y delgada un retaco de hombre, todo encogido y haraposo, que se adelantó hasta colocarse en medio del círculo.

No tenía muy buen aspecto que digamos con su traje andrajoso de montañés pirenaico. Sus alpargatas estaban llenas de lodo; sobre su arqueada espalda unas alforjas parecían contener algo vivo, según los movimientos regulares de la tela.

No era precisamente jorobado, pero sí seguramente contrahecho, y quizás inútil para todo, como no fuera para provocar la admiración burlesca de las mujeres y los chicos.

—¡Quítate de ahí, engendro!— le dijo Blancrochet dándole un empujón con el hombro para rechazarle hacia la rueda que formaban los espectadores.

Todos esperaban ver rodar al pobre diablo, y lanzaron una exclamación de sorpresa al verle firme como una roca en su puesto, y que, en cambio, el bravo se llevaba la mano al hombro haciendo un gesto, como si se hubiera lastimado por el choque.